

¿Dónde está el centro?

Juego de centros.

Óskar Díez

De la sociedad disciplinaria a la hipótesis cibernética.



Sin título (Quinita Fogué)

El lugar central, el punto medio, presencia iluminada por los focos, referente universal, sujeto responsable en torno al cual se organiza tanto, o se organiza todo; matriz constructora y blanco, diana, mapa, modelo, plano y diagrama. Soberanía de toda periferia; ojo de Polifemo, palacio de invierno, capital del dolor...

Infinidad de ámbitos de actuación y metáforas de discurso se organizan y construyen en torno a la idea de centro. Formal, estructuralmente es una herramienta privilegiada para expresar, describir, analizar y cartografiar la red de relaciones que forma el tejido del mundo y un punto de referencia posible a la hora de intentar subvertirlas.

De una multiplicidad de usos, se podrían destacar dos de ellos, dos modos de pensar la idea de centro: El centro como cima jerárquica que organiza periferias y el centro como

punto de atención, como punto de observación en movimiento.

Estos dos modos de pensar el centro, en cierta manera dos modos metafóricos, podrían asociarse a dos momentos históricos concretos y sucesivos, el del estado nación y el del imperio y la globalización y, con ello, a dos realidades escondidas en sus respectivos centros, dos realidades *centrales y nada metafóricas*, dos *centridades*, dos centros-verdad, si es posible utilizar semejante concepto: la explotación en el primer caso y el hipercontrol de la circulación de la información en el segundo.

(Comité invisible, *A nuestros amigos*)

En el primero de esos usos, el centro supone ante todo una jerarquía, la instauración de una estructura de cercanías y lejanías respecto al núcleo organizador; la diferenciación del lugar central del resto y la inmediata organización subordinada de ese resto. Así, el lugar del soberano, de la soberanía, el centro que debe ser asaltado para dar paso a una política distinta, el magnicidio y la propaganda por el hecho; el lugar del que emana el poder y/o el enemigo a batir; el bastión que conquistar y, tal vez después, suprimir.

Es un centro de carácter territorial, muy localizado, seguramente porque su poder procede de un remoto gesto originario, del gesto de detención del movimiento que supone el paso de las sociedades nómadas o seminómadas a las sociedades sedentarias. Fuente de riqueza ilimitada, sin embargo “la

agricultura es muy *penosa*; (...) requiere hogar permanente, propiedad del suelo y poder suficiente para defenderlo” (Kant, *Comienzo presunto de la historia humana*). Territorializar suprime el vagabundeo, supone dibujar sobre el espacio los límites de la propiedad y armarse hasta los dientes. El anclaje de (en) la propiedad y el reparto-apropiación del territorio y la consiguiente construcción de un aparato de poder centralizado que perpetuase, en la medida de lo posible, el estado de cosas da paso a siglos de dominación, primero despótica-esclavista, después — donde no alcanzan a construirse grandes aparatos burocráticos—, la desintegrada estructura feudal europea. Finalmente, a través de la consolidación de los mecanismos de dominio efectivo sobre los territorios, sobreviene la instauración de los aparatos de poder centralizados de la modernidad.

A esta perfeccionada estructura política —el estado que se consolida en la Edad Moderna— corresponde un tipo de sociedad, la sociedad disciplinaria que describiera Foucault en *Vigilar y Castigar* en la que el cuerpo se convierte en el centro de la intervención política. Como es sabido, en relación con la sociedad sobre la que operaba, este poder disciplinario se servía de una serie de saberes y discursos, dispositivos y métodos con los que se pretendía ahormar al conjunto de los individuos conforme a unos fines de dominación y productividad que, al tiempo, redujesen al mínimo el desorden y sus peligros. El objeto de estas prácticas no es tanto la sociedad en su conjunto sino cada individuo en particular, operando para asegurar que nada escape al control del poder, también directamente sobre el propio cuerpo. Esta sociedad disciplinaria tenía sus lugares propios y característicos: la fábrica, el cuartel, la escuela, el hospital, el manicomio y la cárcel

y abarca cronológicamente desde el XVIII hasta comienzos del XX. El fin, en palabras de Foucault, era “fabricar cuerpos sometidos y ejercitados, cuerpos «dóciles». La disciplina aumentaba las fuerzas del cuerpo (en términos económicos de utilidad) y disminuía esas mismas fuerzas (en términos políticos de obediencia)”.

“ Territorializar suprime el vagabundeo, supone dibujar sobre el espacio los límites de la propiedad y armarse hasta los dientes.

”

Foucault no dejaba de recordar que el correlato económico de este procedimiento era la separación de la fuerza de trabajo de su producto. Es decir, la construcción política e institucional de esa sociedad disciplinaria impulsaba la consolidación de los fundamentos del sistema económico de capitalismo —primero mercantil y, enseguida, industrial—. Y a la inversa. La centralidad de la cabeza del rey y la *centridad* del cuerpo disciplinado; la centralidad política de la clase social burguesa y la *centridad* del explotado pueden ser modos de decir y acercarse a este proceso de transformaciones como un juego de centros.

Si se entiende el *centro* como el punto focal, el foco es aquí, entonces, la explotación, la concreta explotación de los cuerpos —es decir, de los pobres, es decir, de los empobrecidos— y la transformación de la *plusvalía* extraída en capital.

El capitalismo —la miseria del capitalismo— no ha dejado de ser desde entonces la cuestión central y el enemigo a batir. Y la explotación no ha cesado; al revés, se ha multiplicado. Cambia —eso sí— de formas en unos lugares,

manteniendo y desplazando sus formas clásicas a otras. Entre sus variaciones, sabemos que se ha desplazado de los cuerpos a la totalidad de la vida, del gesto individual de la fuerza de trabajo a la entera sociedad y a sus prácticas y saberes —el *general intellect*— capitalizando sus modos y organizando la sistemática reducción de todo a mercancía. Esa sofisticación de la explotación y de la dominación ha dado lugar a un nuevo tipo de sociedades donde la coerción no es inmediata, donde la represión se esconde vigilante bajo la delgada epidermis de la vida cotidiana, donde no se trata de acabar con la *desviación*, sino de conocer y monitorizar el conjunto de las permitidas —si no alentadas— “desviaciones” de la elástica norma.

Allí donde el capitalismo ha modificado su rostro, ocultándolo detrás de la máscara del *espectáculo* —es decir, cada vez más en todas partes—, nuevas formas y ámbitos de explotación, nuevos ámbitos de extracción de plusvalores, se han superpuesto a los tradicionales. El cuerpo del proletariado y el trabajo asalariado han dejado de detentar la exclusividad de la centralidad —negativa— de ese sistema.

El propio Foucault asoció la emergencia del liberalismo con una nueva forma de plantear el poder del estado: la biopolítica o gubernamentalidad de las poblaciones, donde la *vida* en su conjunto —a través de dispositivos diversos: sanitarios, comunicativos, de ocio, etc.— se convertía en objeto de la atención de los gobiernos. El liberalismo *ha progresado* mucho desde el XVIII y la moderna tecnología ha puesto en manos de los diversos poderes herramientas muy perfeccionadas para la gestión de las relaciones. Esa forma de poder se ha llevado al extremo en el globalizado tiempo presente.

(Comité Invisible, *A nuestros amigos*)

El segundo de los usos que se proponían para la palabra centro, tiene mucho que ver con estas transformaciones en las relaciones de poder. En este caso, el *centro* es efecto de una designación, de un señalamiento de un lugar provisional, *in medias res*, fruto de una observación, efecto de una movilidad, de un desplazamiento. Aquí el peso parece estar en el punto de vista. Como cuando los discursos políticos emergentes introducen la idea de centralidad frente a centro político: no hay temas centrales, no hay partidos de centro —se dice—, sino cuestiones que se colocan en el centro. El centro —como el capital en circulación— está en todas partes pero no de la misma forma y con los mismos efectos.

La muerte del tirano, la toma de la capital, banco central, grandes ejércitos bajo mando único, culto a la personalidad, estado-nación, líder... son figuras y formas asociables a una idea de centro, de centralidad en una época que en innumerables aspectos, si no todos, aparece aquí como superada. Ya Deleuze, en un breve titulado “Postdata sobre las sociedades de control”, señalaba la caducidad de las sociedades disciplinarias y su sustitución paulatina por las sociedades de control. En este nuevo tipo de sociedades, los diversos poderes —con los dispositivos que les son propios— aumentan exponencialmente su capacidad de conformar las sociedades y los modos de subjetivación que a través de ellos se efectúan. Sin embargo, ocultan los modos autoritarios de los sistemas de dominación precedentes bajo las formas del ocio, del consumo y la democracia formal; se alienta —antes que la localización y el encasillamiento— el fluir del surfista: “El hombre de las disciplinas era un productor discontinuo de energía, pero el hombre del control es más bien ondulatorio, en órbita sobre un haz continuo. Por todas partes, el surf ha

reemplazado a los viejos deportes”, escribe Deleuze.

En la medida en que el capitalismo desborda la vampirización concreta del trabajo asalariado para extender su explotación sobre el conjunto de la vida y la sociedad, reconfigurándolos a su imagen y semejanza —lo que Marx denomina el paso de la subsunción formal a la subsunción real—, la extracción de la plusvalía y su “centralidad” se diluyen —sin desaparecer, ni mucho menos— en una explotación ampliada.

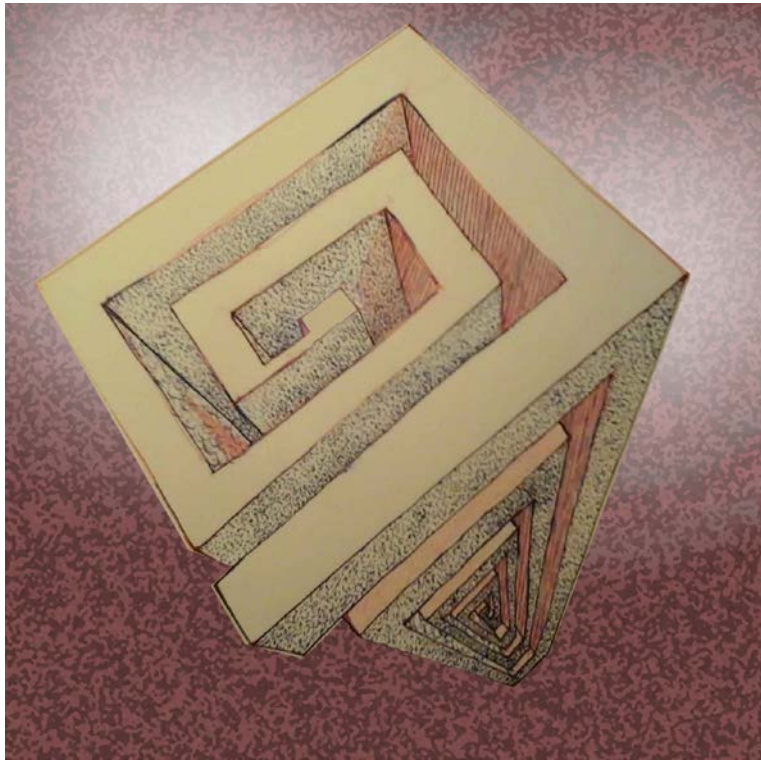
La expropiación ha ido creciendo a un ritmo cada vez mayor a medida que las fuerzas productivas perfeccionaban su capacidad de convertir el mundo en recursos, la vida en producción y la realidad en objeto de consumo, mientras se multiplicaba la productividad en todos los órdenes y por todas partes y se reducía cualquier cosa y cualquier relación a mera mercancía. Políticamente, el fin de los grandes discursos se convertía en el fin de los grandes obstáculos; la liberación de los flujos, el fin del centro.

“ Ya Deleuze (...) señalaba la caducidad de las sociedades disciplinarias y su sustitución paulatina por las sociedades de control. ”

Y por doquier, observamos hoy, se producen excentricidades: como el hecho de que tanto el gobierno de los EE.UU —en concreto, el *Comité de Comercio, Ciencia y Transportes* del Senado— como empresas privadas —entre ellas *Planetary Resources*, participada por algunos de los fundadores de Google—, pretendan privatizar recursos extraterrestres, como los asteroides o, en general, que sea reconocida la propiedad en el espacio

exterior. De excentricidad pueden calificarse también los procesos de privatización del genoma de seres vivos y, tal vez en el futuro, de la privatización y explotación de elementos del genoma humano. (¿Podemos imaginar un sistema de asistencia médica que condicione su atención a los pacientes a la cesión de los derechos de propiedad sobre su genoma particular?). Excentricidad es imaginarnos como infocuerpos bulímicos saturados de *cookies* llenando de rastros la red. Excentricidades, que significan excentricidades, porque desbordan el núcleo central tradicional de la explotación y de la extracción de la plusvalía pero no porque no sean menos reales o estén en trance de serlo.

El filósofo esloveno Slavoj Žižek afirma al respecto que, lejos de poder dar por superado el marxismo, este debe ser reinventado, profundizando más que desechando conceptos como el de proletariado: “La situación histórica de hoy en día —dice Žižek— no solo nos obliga a no abandonar la idea de proletariado sino que, al contrario, nos obliga a radicalizar la idea marxista de *proletariado* —el trabajador explotado cuyo producto le es arrebatado, con lo cual, él queda reducido a una *subjetividad sin sustancia*. Debería ser radicalizado a un nivel existencial más allá de lo que imaginó Marx [hasta reducirlo] a un punto evanescente de casi el *cogito* cartesiano, privado de todo su contenido sustancial. ¿Qué es la crisis ecológica sino otra forma de proletarización? Estamos siendo privados de la sustancia natural de nuestra existencia— ¿qué es toda la lucha acerca de la propiedad intelectual sino un intento de privarnos de la sustancia simbólica de nuestras vidas? ¿Qué son las manipulaciones biogenéticas sino un intento de privarnos incluso de nuestro legado genético? Y etcétera. Lo mismo sucede con los suburbios, muertos vivientes privados de sus



Sin título (Paco Puch)

más elementales condiciones de vida, incluso a nivel psicológico, los así llamados sujetos postraumáticos, los muertos vivientes privados de su sustancia” (S. Z., *En defensa de las causas perdidas*. y en *youtube* —que es de donde proceden las palabras que cito— “¿Qué significa ser un verdadero revolucionario hoy en día?”). De estos últimos, de los excluidos, de los inmensos contingentes de población mundial que malviven en campos de refugiados o en los suburbios de cualquier periferia —París o Lagos—, a quienes ni siquiera alcanzan muchas veces las redes de la explotación económica, el sistema se afana en extraer la plusvalía del miedo, del terrorismo potencial.

Al respecto de las transformaciones operadas en el seno de las sociedades de control y de los modos de organizar posibles alternativas, resulta particularmente interesante la obra de Tiqqun. No excesivamente conocida, tal vez convenga recordar quién es. Tiqqun es, originariamente, una revista francesa, activa en el cambio de siglo, de la que surge un colectivo —en principio anónimo y variable— de pensadores y activistas que

han continuado publicando. Como pensadores y críticos han editado, bajo el seudónimo de Tiqqun y también con el nombre de Comité Invisible, varios libros —*La Insurrección que viene*, *Teoría del Bloom*, *A nuestros amigos*, *La Hipótesis cibernética*, *Llamamiento*, *Introducción a la Guerra Civil*, etc. — de los que muchos pueden descargarse fácilmente por internet. Como activistas, varios de sus miembros fueron implicados —y condenados— por el estado francés en el asunto del sabotaje al Tren de Alta Velocidad (TGV) en 2008.

“ El filósofo esloveno Slavoj Zizek afirma al respecto que, lejos de poder dar por superado el marxismo, este debe ser reinventado. ”

En *La Hipótesis Cibernética*, Tiqqun define el concepto que da título al libro como la posibilidad —según el planteamiento sostenido e implementado por los nuevos poderes surgidos

con el fin de la segunda guerra mundial— de organizar y predecir el comportamiento *libre* de las poblaciones y anticiparse a él. Con ese fin surgiría en los años cuarenta una nueva ciencia, la cibernética, orientada en un principio a las necesidades del ejército norteamericano pero reorientada enseguida al campo de lo social e industrial.

En la circunstancia histórica del refinamiento progresivo de las sociedades de control se realiza entonces el que fue desde el principio —como advirtió ya el propio Foucault— el proyecto del liberalismo: el cuestionamiento del *governar demasiado* (M.F. *El nacimiento de la biopolítica*): ¿Cómo controlarlo todo *sin gobernar demasiado*?

El nuevo *laissez faire, laissez passer* tiene que ver ahora con la circulación de la información y con la creciente colonización del conjunto de las relaciones —como mediación o como fin— por los sistemas de comunicación telemática. Al mismo tiempo que se experimentan cotidianamente una serie de rutinas superficialmente encuadradas en lo que se podría

llamar el aparente ejercicio de la libertad, los usuarios de estos medios devienen — devenimos— cada vez más transparentes para el sistema que los produce —nos produce—, oprime, aliena y controla. Gobernar acaba consistiendo en mantener la conexión, dejar el *led* del *bypass* encendido vibrando imperceptiblemente en la noche; “Facebook —escribe Tiquun— es el policía”. “Allí donde reinan el control y la transparencia — explica—, donde el comportamiento del sujeto es anticipado en tiempo real mediante el procesamiento algorítmico de una masa de datos siempre disponibles sobre él, deja de existir la necesidad de que confiemos en los que gobiernan o de que ellos confíen en nosotros. El monitoreo intensivo será más que suficiente. Como dijo Lenin, «la confianza es buena, el control es mejor» (...) Así como la economía política produjo un *homo economicus*, manejable dentro el marco de los estados industrializados, la cibernética está produciendo su propia humanidad. (...) Al gobierno cibernético ya no le interesa lo individual, lo presente o lo acabado, sino exclusivamente aquello que hace posible determinar las líneas de fuga potenciales de sus gobernados” (Tiquun, *La Hipótesis Cibernética*).

“ El nuevo *laissez faire*, *laissez passer* tiene que ver ahora con la circulación de la información y con la creciente colonización del conjunto de las relaciones (...) por los sistemas de comunicación telemática. ”

El centro pasa del individuo explotado a la población en circulación: “El objetivo supremo ya no pasa por la consecución de la plusvalía, sino por el *control*. El

grado de consecución de la plusvalía no indica por sí mismo más que el grado de control local que implica. El capital no es más que un medio al servicio de un control generalizado”. Sea esto último más que discutible, lo cierto es que el capital es la posibilidad misma de ese control generalizado y, al tiempo, su causa final.

En esas perfeccionadas sociedades de control, dice Tiquun, “la teoría del sujeto solo es posible como teoría de los dispositivos”. El sistema se sostiene así a través de esa constelación policéntrica que nos atraviesa y constituye, maraña hecha de líneas de visibilidad, enunciación, líneas de fuerzas pero también líneas de subjetivación. En otro texto, titulado *Podría surgir una metafísica crítica como ciencia de los dispositivos*, Tiquun propone el paradigma de la autopista para explicar el proyecto de gobernanza global: “El dispositivo perfecto es, a mi juicio, LA AUTOPISTA. En ella, *un máximo de circulación coincide con un máximo de control* (...). Organizado a manera de red, dotado de sus propios puntos de abastecimiento, de su propia policía, de sus espacios autónomos, neutros, vacíos y abstractos(...); heterotopía cibernética, [donde] todo está cuidadosamente diseñado para que no suceda nada, nunca”. Ya no se trata tanto de controlar al individuo y sus lugares sino de predecir su posición relativa —respecto a los sucesivos dispositivos— y evitar que se interrumpa la circulación, que cese la señal, que la persona singular quede fuera del monitor de vigilancia, que se conformen zonas de niebla. No se trata —en definitiva— de atar a la persona a una serie interminable de instituciones sino de cubrirlo todo de redes de libre circulación, formación continua, adaptabilidad, disposición permanente al traslado, polivalencia, reciclaje, deslocalización, deuda infinita... Deleuze, en el texto antes citado, lo

explicaba ya así: “En las sociedades de disciplina siempre se estaba empezando de nuevo (de la escuela al cuartel, del cuartel a la fábrica), mientras que en las sociedades de control nunca se termina nada”. Movimiento en acto, *perpetuum mobile* vaciado de potencia.

Las nuevas fuentes de acumulación y los nuevos modos de expropiación de la riqueza común pasan entonces por una plusvalía extraída de la circulación de información; para gestionar y garantizar la extracción de esa riqueza se ha establecido una red de dispositivos móvil y policéntrica en un contexto en el que los viejos poderes centrales parecen diluirse o *debilitarse*. ¿Hay algún “poder” —el presidente de los Estados Unidos, la Unión Europea, el BCE, los ministros de interior, los de exteriores, los de cultura, los bancos, las cajas, los intelectuales, China, las economías emergentes, la liga de fútbol profesional, la universidad, la policía o los mercados— que no haya sido acusado de “debilidad” o “fragilidad”? Sin embargo, esos poderes —débiles— parecen más que nunca inatacables. El texto *A nuestros amigos* del Comité Invisible se ocupa de reflexionar sobre ello y proponer vías de actuación. La primera de ellas: ¿cómo superar la sobreexposición?

En la era de estos ciberpoderes, dice, desaparecer no significa solo ocultarse sino ganar una suerte de invisibilidad. Atrapados en un juego de centros (de control) y dispositivos de vigilancia, las vías de subversión del sistema distan mucho de poder ser las clásicas. Frente a la previsibilidad del paso, frente a la predecibilidad de las trayectorias, encontrar un ritmo propio, alejado de los patrones del *tecno* gubernamental, volverse uno cojo, cojear para pasar desapercibido; frente a la transparencia, volverse incomprensible, sumergirse en la niebla o devenir *captcha* o *hacker*. Y, a partir de ahí...